



Cuando Chile dejó de ser una “copia feliz del Edén”: redefiniendo clases medias en trauma en la década del 70

Claudia Stern

To cite this article: Claudia Stern (2019) Cuando Chile dejó de ser una “copia feliz del Edén”: redefiniendo clases medias en trauma en la década del 70, Journal of Iberian and Latin American Research, 25:2, 157-176

To link to this article: <https://doi.org/10.1080/13260219.2019.1684546>



Published online: 18 Dec 2019.



Submit your article to this journal [↗](#)



View related articles [↗](#)



View Crossmark data [↗](#)



Cuando Chile dejó de ser una “copia feliz del Edén”: redefiniendo clases medias en trauma en la década del 70

Claudia Stern 

Institute for Advanced Studies in the Humanities IASH, University of Edinburgh, Edinburgh, UK

ABSTRACT

This article focuses on the redefinition of Chilean middle classes' identities as an after effect of their social experiences through the 1970s, as Chile passed through three historical milestones that significantly shaped the history of the country and its citizens: Salvador Allende's Popular Unity government (UP), Augusto Pinochet's coup d'état in 1973, and the subsequent military dictatorship. Based on oral testimonies with middle classes members, I introduce the linkage between identity and cultural trauma which arises following the experiences of social collapse and reshaped middle classes identities. Subsequently, three expressions of cultural trauma will be analyzed in this article: the collapse of civism and its impact on daily life, the transformation of sociability customs, and cultural trauma as a potential positive force.

RESUMEN

Este artículo se enfoca en la redefinición de identidades de clases medias chilenas como contraefecto de tres puntos de inflexión respecto a la historia del país y sus ciudadanos durante la década de 1970: el gobierno de la Unidad Popular (UP), el golpe de Estado de Augusto Pinochet el 11 de Septiembre de 1973 y la subsiguiente dictadura militar. Basado en testimonios de historia oral, en el presente artículo voy a introducir el vínculo entre identidad y trauma cultural que surge de experiencias de colapso social y que conllevó a la reconfiguración de identidades de clases medias. Tres expresiones de trauma serán analizadas en este artículo: el quiebre del civismo y su impacto en la vida cotidiana, la transformación en las formas de sociabilizar y el trauma cultural como potencial fuerza positiva.

KEYWORDS

Chile; middle classes; trauma; identity; Unidad Popular (UP); dictatorship

PALABRAS CLAVE

Chile; clases medias; trauma; identidad; Unidad Popular (UP); dictadura

La década del 70 fue de extremos en Chile. En el transcurso de la misma la percepción de supuesta estabilidad del país respecto de sus pares regionales resultaría interrumpida. Chile dejaría de ser aquella “copia feliz del Edén” a la que hace alegoría el himno nacional. Sobre el ambiente de esos años, Carlota, entonces una joven madre de clases medias, profesora normalista, casada con un oficial de Carabineros, señaló:

Yo no creo que el país estaba dividido en dos: comunistas y no comunistas o conservadores o no conservadores, llamémoslos. No, había una gran masa, una gran masa que no era ni chicha ni limonada que lo único que quería era tranquilidad, quería tener pan, carne, trabajo

CONTACT Claudia Stern  Claudiastern8@gmail.com  Institute for Advanced Studies in the Humanities IASH, University of Edinburgh, Edinburgh, UK

© 2019 Association of Iberian and Latin American Studies of Australasia (AILASA)

y no les importaba el que estuviera de turno. Pero había otro grupito de extrema izquierda y otro grupito de extrema derecha. Se prestó para que estos dos extremos se acusaran entre ellos. Durante el gobierno de Allende perseguían a los opositores. En el gobierno de Pinochet pasó lo mismo.¹

Chile entonces atravesaba por excesos y extremos tales que incluso los que se percibían a sí mismos en el centro se veían afectados por la alteración de la armonía y después por el nuevo orden, como señaló Carlota respecto a la mayoría de la gente que no era ni chicha ni limonada: los que querían tranquilidad, trabajo y comida. La jerga chilena ni chicha ni limonada es comúnmente utilizada para referirse a ambigüedades. Precisamente aquel período en el país fue uno de profundas ambigüedades.

Durante el gobierno de la Unidad Popular (UP) que proponía la vía chilena democrática al socialismo liderada por el Presidente Salvador Allende entre 1970 y 1973, y durante los primeros años de los diecisiete de dictadura posteriores al golpe militar del 11 de septiembre de 1973, encabezado por el General Augusto Pinochet, las clases medias chilenas estaban aun más tensionadas que en décadas anteriores. Algunos sectores de estas eran identificados como responsables del golpe, tanto por fracciones políticas de izquierda como de derecha. Estas fragmentaciones también incluían diferenciaciones de género entre las clases medias de un sector político y otro.

Las identidades que configuraban a las clases medias chilenas entonces fueron reforzándose de la mano del capitalismo nacional en el transcurso del siglo XX. Las clases medias no eran solo un ser relacionado con producción y consumo. Tampoco eran solamente mera imaginación basada en representaciones que transcurrían entre lo vivido e imaginado. Más bien eran una síntesis resultante de lo producido, lo consumido y lo imaginado por ellos. El resultado de las experiencias de clases medias estaba también influenciado por normas jurídicas y políticas estatales. Todo lo anterior se contextualiza entre lo nacional, los hijos del pueblo, lo cosmopolita, los inmigrantes. Y entre lo popular y lo burgués, lo masivo y lo elitista.

La experiencia de ser educado fue la aspiración preponderante para las clases medias durante el siglo XX. El liceo y la universidad fueron centrales en elecciones políticas y profesionales. El alcance del capital cultural y social que estas agenciaron fueron determinantes en las formas de afrontar la metamórfica realidad del país. Desde la década de 1960, Chile se transformó en referente de producción de conocimiento de clases medias de nueva izquierda en términos continentales. Esto se potenciaría durante el gobierno de la UP y vendría asociado en muchos casos a radicalización política y renovadas formas de expresión de ciudadanía agencial que surgían como resultado del preponderante nacionalismo cultural que databa de décadas anteriores.

Basado en las teorías sobre trauma cultural en Polonia post Guerra Fría, en complemento con enfoques sobre trauma y holocausto, junto con referencias de memoria colectiva,² este análisis plantea el vínculo entre identidad y trauma cultural, a partir de distintas percepciones sobre quiebre social en Chile durante la década del 1970. El trauma se genera a partir de una experiencia disruptiva que provoca la desarticulación de lo que se entiende como el yo y en consecuencia genera vacíos al respecto.³ Desde su carácter colectivo, el trauma surge como interpretación culturalmente traumática de aquellas experiencias disruptivas.⁴ En Chile, un sector importante de las clases medias estaban traumatizadas porque vivían experiencias de fragmentación, exilio, y ostracismo. Desde una perspectiva más general, la fragmentación conllevó a la alteración de las formas de recreación y consumo cultural de clases medias por la

abrupta metamorfosis social; los principales representantes de la escena cultural eran clases medias urbanas de izquierda, de gran protagonismo previo al golpe. Las restricciones cotidianas de la dictadura conllevaron formas de rearticulación cultural significativas en términos de sociabilización y fraternidad.

Sin embargo, el trauma no se remonta únicamente al golpe y al período posterior a este, sino incluye el gobierno de Allende, donde la vía chilena al socialismo implementó una serie de cambios que alteraron la vida cotidiana en Chile. El trauma cultural en este análisis abarca un período de múltiples especificidades de expresión que apuntan al quiebre social desde el carácter de clase de sus protagonistas como efecto de la transformación de la vida cotidiana, que estaba en tensión respecto a posiciones políticas entonces.

Este análisis apunta a las razones de la resignificación de identidades de clases medias como contraefecto de sus experiencias sociales en aquellos años. El vínculo entre identidad, trauma cultural y clases medias resulta central para comprender el Chile de la época, sus subjetividades de clase y el impacto de entonces hacia las formas de clases medias actuales. Así, el proceso orgánico de clases medias, su carácter inestático, mutable y plural es contemplado desde una visión de clase como identidad social.⁵ La herida social en Chile, su fisura profunda, se presenta en este análisis desde la reinención de ese ser democrático que se había forjado durante décadas.

A partir de distintas versiones de clases medias que convivían en Chile, hubo dos corrientes en tanto respuesta hacia la reinención del ser democrático: el acento que algunos ponían al capital cultural; las disciplinas liberales; la esfera pública estatal mientras que otros ponían el acento en el capital económico; empleados de empresas privadas y comerciantes. Un aspecto común entre diferentes versiones de clases medias era el desclasamiento, aunque la diferencia radicaba en las formas de desclasamiento. Estos acentuaban diferencias entre versiones de clases medias. Mientras las clases medias—cuyo nacionalismo cultural fue eje—se reconstituyen desde la actividad cultural para enfrentar al golpe, la clase media asociada al capitalismo nacional lo hizo por medio de la prosperidad personal. El desclasamiento acentúa las formas de afrontar el trauma por parte de las clases medias.

La Guerra Fría, además de la oposición binaria política y estratégica entre sistemas opuestos, gestó un agudo enfrentamiento ideológico de modelos de sociedad, cuyas percepciones de libertad resultaban incompatibles entre sí.⁶ En el contexto de la Inter-Americanidad, desde varias perspectivas, la Guerra Fría fue una competencia entre los defensores regionales del capitalismo y el comunismo.⁷ El triunfo de Allende fue la victoria más importante de la izquierda en Latinoamérica desde la Revolución Cubana en 1959. Al mismo tiempo, el golpe de 1973 fue la victoria más importante de las fuerzas contrarrevolucionarias en la región desde el golpe de Estado de 1964 en Brasil.⁸ Así, Chile contribuyó significativamente a la radicalización de la agenda global del Sur que buscaría un nuevo orden económico en 1974.⁹

Durante la década de 1970, las clases medias chilenas tuvieron amplio protagonismo en la radicalización política de la sociedad: allí la polarización del nacionalismo cotidiano alcanzó extremos. Específicamente, las clases medias de izquierda, intelectuales, artistas y estudiantes universitarios fueron claves en la producción de conocimiento y en su práctica en tanto expresiones de ciudadanía agencial. El dinamismo de la época potenciaba sus capacidades dispuestas a la causa. Existía profunda convicción de estar haciendo lo correcto, como recuerda Raúl, entonces, un joven de clases medias, que en

la radicalización política de las juventudes cristianas, de militar en el Partido Demócrata Cristiano (DC), pasó a ser militante del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

La transformación de sectores católicos progresistas de izquierda en convergencia con curas de la época, propiciaron el origen del MAPU. Algunos curas profundamente involucrados militaban y hacían trabajos voluntarios en poblaciones periféricas de Santiago como Lo Hermida. El vínculo entre iglesia y militancia política no era exclusivo a Chile. En Argentina la Acción Católica y curas obreros extendieron el valor cristiano de solidaridad hacia los jóvenes:¹⁰ convergían los caracteres combatientes y misioneros de curas progresistas militantes a ambos lados de la cordillera de Los Andes.

La radicalización de Raúl se potenciaría como estudiante de educación en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, epicentro de ebullición político e intelectual de la época. De esa forma el golpe resultará traumático para jóvenes como Raúl por la rotunda ruptura y tardíos efectos que este conllevó.¹¹

El enfoque en las voces silenciosas y anónimas de la sociedad en el transcurso de la década de 1970 incluyen tanto a izquierdas, derechas y sectores de centro transversalmente a través de testimonios de chilenos y chilenas de clases medias. Los testimonios de historia oral surgen como metodología adecuada para desenmarañar sensibilidades de clase respecto a las tensiones de la época. Estos permiten un acercamiento a la agencia humana y subjetividades en historia.¹² Entonces, la perspectiva que da el tiempo también permite reconocer los errores que hubo para atrás, como señaló Raúl en su testimonio.

Los testimonios forman parte de un corpus más amplio de investigación sobre la transformación de identidades sociales a través del trauma como variable de análisis de clase en Chile 1970–1990. Este análisis expone un primer acercamiento hacia el tema. Los testimonios citados fueron realizados por la autora en Santiago de Chile en 2017. Estos corresponden a distintas versiones de clases medias. Pese a sus variados orígenes, en aquel entonces ellos y ellas eran mayoritariamente o estudiantes hijos de empleados estatales o particulares como Raúl, Ramón, Cecilia, Cristián o bien, eran ellos mismos empleados públicos o particulares como Carlota, Agustín y Orlando. Los testimonios reflejan las dos versiones preponderantes de clases medias que se distinguían por el acento en el capital cultural o el capital económico, mas compartían los desclasamientos como un carácter inherente a su clase. Así como compartían costumbres, civismo y chilenidad, había una impronta de clase en sus formas de hacer, en la que convergían valores clasemedieros. En el transcurso de sus vidas se observa principalmente una movilidad horizontal; ellos se percibían entonces y en la actualidad como integrantes de las clases medias. Su aspiración social se reflejaba en sus trayectorias profesionales y de consumo. El análisis de sus experiencias desde la perspectiva de clase muestra la multidimensionalidad de las expresiones de trauma y la intersección respecto a componentes identitarios y variados espacios de reivindicación social que fueron interrumpidos y posteriormente reinventados.

Las percepciones de lo traumático responden a la ambigüedad propia de sus protagonistas. El uso de testimonios no se reduce a imponer una experiencia sobre otra, sino a analizarlas, valorarlas y evaluar de qué forma cada experiencia puede ser vista (o no) como subjetividad de clase y de qué manera una experiencia resulta o no traumática. La diferencia de percepción frente a una misma experiencia y su significado en términos de clase se deconstruye a partir del relato; la forma en cómo se afronta el trauma deriva de lo mismo.

El criterio de selección de los testimonios citados responde a la idea de identidad como efecto por sobre una mera construcción social. Mas la construcción propicia la idea de identidad como efecto. Por lo tanto, lo resultante de lo vivido, lo imaginado y lo consumido por ellos contempla un proceso de transformación comprendido desde la idea de clases medias como objeto de estudio historiográfico.

El análisis de clase muestra una perspectiva amplia pero acotada respecto a los estudios existentes sobre memoria. A partir de un enfoque multidimensional se pueden valorar distintas dimensiones de trauma cultural que forman parte y desempeñaron un rol respecto a las transformaciones de las ya variadas versiones de clases medias. De esa forma, el enfoque en la variable de clase puede abrir nuevas perspectivas para los estudios de memoria.

La resignificación de identidades de clases medias apunta a disrupciones de la época que pusieron a distintas versiones de estos sectores en necesidad de restablecer y reformular sus identidades colectivas. Desde esa perspectiva, este análisis empalma con la aspiración historiográfica de contribuir a una reconciliación con las cicatrices del pasado.¹³ De ahí la centralidad de desenmarañar las variadas experiencias de clase y sus interpretaciones, aceptando las diferencias y percepciones, mas apuntando a la transformación de sujetos sociales a través de tres expresiones sociales de trauma cultural vinculadas al carácter clasemediero que se distinguieron a partir de los testimonios: el quiebre del civismo y su impacto en la vida cotidiana, la transformación en las formas de sociabilizar y el trauma cultural como potencial fuerza positiva.

Balance de la época: procesos interrumpidos de clases medias en Chile

En las elecciones presidenciales de 1970 con Allende por cuarta vez como candidato, la radicalización resultaba evidente y la sensación de país dividido también. Los reñidos resultados electorales reflejaron aquello. Allende despertaba encantamiento y adhesiones, rechazos y temores. Chile era una bomba de tiempo y estaría inusualmente movilizado como no se observaba desde la década de 1920.¹⁴ “No era claro si el país estaba avanzando hacia el socialismo—o la guerra social.”¹⁵ De ahí en más, el “país laboratorio” estaría bajo la lupa de contrastadas izquierdas y derechas mundiales que rivalizaban respecto al proyecto democrático revolucionario chileno.¹⁶

El país se dividía entre las retóricas de la Alianza para el Progreso e imperialismo y bloque socialista, Cuba y Vietnam. Previo a 1970, politización e individualismo aumentaron al igual que consumos y ofertas de la industria cultural en general. Socialmente, se instaló la “cultura de la rebeldía”¹⁷ que atravesó Chile transversalmente quebrando tabúes, potenciando el desclasamiento de jóvenes. El carácter interclasista de esta transformación generó rupturas en varios jóvenes de clases acomodadas y medias respecto de sus orígenes nucleares, exacerbando brechas intra- e intergeneracionales. Los efectos de esta tensión exponían que la polarización política no resultaba indiferente: “Mi madre se sensibilizó hacia el progresismo, mi padre se atrinchera en el derechismo. Una muestra de bajo dramatismo de lo que fue la ruptura de casi todas las familias chilenas.”¹⁸

El capital cultural expresado en ciudadanía agencial fue clave en la radicalización de jóvenes de clases medias. La imbricación entre jóvenes y politización surgió del vínculo entre producción de conocimiento, fraternidad colectiva y experiencia del hacer. El

hacer, de fuerte carácter asistencialista, resultaba inherente a la retórica clasemediera en parte por el valor moral al que hacían alusión diferentes versiones de las mismas.

Durante el gobierno de la UP hubo desarticulación de espacios por tomas de terrenos rurales y urbanos por intervenciones estatales presionadas originalmente por sus alas radicales, tomas de trabajadores y agrupaciones de izquierda foquista como el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). En Santiago, Cristián, recreó la experiencia de sus padres, empleados particulares de la fábrica Duncan Fox intervenida durante la UP: “Estaban muy molestos con gente que no tenía capacidades y lograba cargos gerenciales: ‘A grito pelado arriba de los escritorios hablando a los compañeros.’ Eso les molestaba mucho, me acuerdo: ‘Cómo un flojo les habla parado encima de la mesa, sólo porque era gerente sindical.’”¹⁹ El enojo de los padres de Cristián se vincula directamente con el deber ser de los empleados. El empleado; un tipo de clases medias, “chileno cumplidor” destacaba por su deber moral y compromiso hacia su trabajo. Ellos estaban alineados a los valores del capital cultural por sobre el capital económico. Los empleados eran ampliamente vilipendiados, aunque representaban a la vez un nicho laboral de estabilidad en el que podían desarrollar carreras en ascenso como la madre de Cristián: “su orgullo fue llegar a dirigir el departamento de liquidaciones,” según él recuerda al respecto.

La experiencia del padre de Raúl, jefe administrativo de la Fábrica Nacional de Aceite (FANARC), lo marginó de la UP a partir de la fábrica intervenida:

El interventor era un chiquillo joven, de blue jeans, chascón; les impactó, llega a esta fábrica de un sector de derecha, con hábitos de trabajo. Aparte fue la actitud, llegó con una citrola toda ordinaria, a los meses llegó con un auto grandote, empezó a exigir a los empleados que fueran a las marchas de la UP, a apoyar al gobierno. Esa experiencia choqué a mi papá, se quedó trabajando en la fábrica hasta que jubiló anticipado, bastante anticipado.²⁰

Las dispares formas de practicar la revolución, la efervescencia de la juventud y la irrupción de exigencias políticas en el trabajo, fueron puntos de inflexión para chilenos como el padre de Raúl que no eran ni chicha ni limonada—en los términos que sugiere Carlota—y sólo querían tranquilidad y trabajo. Durante la UP indudablemente hubo una interrupción hacia formas de trabajo y ocio que resultó sectorial, respondía a ciertos intereses y exacerbaba la libre expresión. Hubo un claro descontrol que derivó frecuentemente en enfrentamientos entre un bando y otro; esto terminaba con decreto de Estado de Emergencia y toque de queda en Santiago.²¹ Chile repetía la precariedad del equilibrio institucional observada en otros períodos del siglo XX, aunque la diferencia con el período de Allende radicaba en que durante la UP la apariencia no era de equilibrio como sí lo parecía antaño. En lo que había coincidencia era en recurrir al autoritarismo presidencial que en caso necesario era respaldado por las fuerzas armadas.²²

En la UP la nacionalización del cobre y las optimistas cifras con las que terminó 1971 (PIB record de 7,7%, bajas en desocupación en Santiago de 8,3% a 3,8% e inflación de 35% a 22% anuales) eran destacadas por sobre las inestabilidades alarmantes en otras áreas, determinantes para la debacle económica posterior.²³ Hacia fines de 1971 comienza a agudizarse la crisis económica del país. La crisis productiva y el desabastecimiento de productos de consumo básico se hicieron notar. Cecilia, joven estudiante de odontología en la Universidad de Chile, hija de un empleado particular, dirigente gremial de izquierda señala que su padre no aceptaba nada. Ella, que no compartía su posición política, recuerda críticamente el desabastecimiento: “las colas que teníamos que hacer

para aceite, azúcar, no teníamos garantía de nada, hacíamos colas para todo, para esos tarros de chancho chino horribles. Era lo único que había.”²⁴ Los desabastecimientos se originaron por falta de estímulos económicos para comercialización por precios fijados desde el gobierno, así como las trabas impuestas por la derecha política y Estados Unidos con la política de desestabilización económica.²⁵

Las izquierdas y clases populares tenían asegurado el abastecimiento por los Cordones Industriales creados por el gobierno para asegurar la distribución, además de tarjetas de la Junta de Abastecimiento y Control de Precios (JAP). El relato de Ramón contrasta realidades sociales. Su hermano era líder del Cordón Cerrillos (periferia de Santiago), donde crearon la Confederación de Cosmética: “Mi hermano era el líder nacional de cosmética y garantizaba que la fábrica produjera pasta dental y jabón para distribución. Medio litro de leche en polvo era distribuido también. Cuando les sobraba, de repente lo usaban para rayar la cancha de fútbol. Tal vez era una época en la que el hambre no era tan miserable, pero es de una inconsciencia absoluta.”²⁶

Con una aguda politización y profundización en la crisis transcurrió el año 1972: el país estaba técnicamente en quiebra. Todo lo anterior alcanzó extremos peores en 1973: el PIB cayó 4,2 por ciento y la inflación alcanzó un 600 por ciento.²⁷ Con las elecciones parlamentarias como telón de fondo y un empate político como resultado, la crisis se acrecentó. La vía violenta de ambos lados se fortalecía.²⁸ Chile parecía irreconocible por la agudización extrema de la politización, y la escasez de lo más básico para consumo diario en ciertos sectores.

Agustín, joven empleado de la Universidad de Chile, señala el centro de Santiago como eje de conflicto: “En el centro todos los días había protestas para que renunciara Allende. Yo trabajaba en la Universidad de Chile, en la Facultad de Economía, en el centro. Tuvimos huelga como dos meses antes del golpe. No íbamos a trabajar, íbamos a cobrar el sueldo, nos daban harta plata, pero no había qué comprar.”²⁹

Esta honda pauperización tuvo consecuencias profundas en ciertos sectores de clases medias acostumbrados a hacer baluarte de distinción por medio del consumo. La sociedad chilena fue paulatinamente transformándose en sociedad de masas en el transcurso del siglo XX, el consumo estaba instalado y alimentaba apariencias desde lo que se comía a lo que se vestía, atravesando los más variados bienes y servicios: eso era parte de la experiencia de ser moderno. En un margen breve de tiempo, las clases medias en sus variados espectros fueron víctimas de desabastecimiento, inflación, y aunque fuera común el mercado negro—que igualmente el gobierno intentó combatir—hubo un cambio profundo en el significado de la diferenciación social para ellos. Por supuesto hubo otros que no sufrieron escasez; existe tensión en torno al tema. Esto puede ser visto como expresión de “memoria dividida.”

La UP simbolizó el fin de una prolongada era en la que se construyeron imaginarios sociales de raigambre clasemediera a medida que avanzaba la UP, no era “tiempo de modas ni elegancias.”³⁰ Las aspiraciones sociales eran tan relevantes como las condiciones materiales que las alimentaban. La retórica a la que apelaban las clases medias en aquel contexto de profunda crispación social que conllevaron al quiebre democrático; retórica que expone subjetividades de clase surgidas, precisamente, de tensiones entre distintas versiones de clases medias. Mas eso no significa que las clases colindantes hayan quedado ajenas a conflictos, quiebres y transformaciones. Al contrario, el período no puede comprenderse sin considerar la interrelación entre clases acomodadas, medias y populares.

Desde la perspectiva continental, Chile, sería un representante destacado del desplazamiento de la “lucha latinoamericanista a fines del siglo XX,” la cual se desplazó como proyecto desde “las élites hacia los sectores populares.”³¹ Esto se vincula directamente con las formas de agencia humana de clases medias chilenas. El carácter transnacional del activismo nacionalista estudiantil y su radicalización política iba consolidándose desde 1960. En Argentina, la radicalización fue observable dentro de las fracciones internas del peronismo; los estudiantes marplatenses y el peronismo de izquierda universitaria se contraponían al nacionalismo peronista de derecha.³² Este fenómeno era análogo en jóvenes chilenos de nueva izquierda militante respecto a su contraparte, los estudiantes de derecha. A ambos lados de la cordillera, se observa que la radicalización política era de carácter intrageneracional y con una marcada impronta clasemediera, mas sus alcances serían intergeneracionales y pluriclasistas.

Se vivieron años de utopía socialista democrática con la UP que incluyeron la nacionalización del cobre; la profundización de la reforma agraria; diversas muestras de revolución armada con un equivalente igualmente violento del bando contrario; una severa crisis económica que conllevó vacío de arcas fiscales; una provocada desestabilización y desabastecimiento por parte de opositores; estallidos de violencia en general y expresiones cotidianas de tensión. Aspectos que propiciaron el acuerdo del 22 de agosto de 1973 en las sesiones 32 y 33 de Cámara de Diputados en que el 63,3 por ciento (81 diputados) votó a favor de remover a Allende de la presidencia. Esto finalmente ocurrió a través del Golpe de Estado que daría paso a un prolongado régimen dictatorial en cuyos años de terror genocida hubo violaciones a los derechos humanos en el marco de detenciones, torturas, desapariciones. Esto conllevó, específicamente, al quiebre del desarrollo orgánico de clases medias en Chile y su ethos demócrata, razones que propiciaron una profunda fragmentación en sus filas que derivó en la resignificación identitaria de estas.

Los regímenes militares conllevan transformaciones significativas en la vida cotidiana. Como efecto de los primeros años de dictadura militar, la ruptura respecto a identidades sociales y culturales se reforzó por el estricto toque de queda. La transformación de la sociabilización con el toque de queda en dictadura contemplaba reuniones sociales “puertas adentro” que se extendían de toque de queda a toque de queda. Estas reflejaban adaptaciones de chilenos y chilenas en un contexto político y social en el que delación, silencio y miedo permearon los espacios y resintieron tanto la esfera pública como privada, inclusive para aquellos que no percibían el golpe en tanto evento disruptivo. En Chile destacó la desarticulación de cuatro espacios públicos por parte del nuevo orden imperante: “lugares de trabajo, partidos políticos, sindicatos y vida nocturna.”³³ La desarticulación resulta natural dado el protagonismo adquirido—tanto real como imaginado—de estos espacios.

La visita del Arzobispo de Santiago, Cardenal Silva Enríquez, al Estadio Nacional—centro de detención y tortura durante los 58 días posterior al golpe—el 24 de septiembre de 1973, adquiere una centralidad especial desde el trauma. Este expone la trascendencia de la víctima hacia los que están en contacto con ella: perpetrador, colaborador, testigo, detractor y generaciones venideras:³⁴ “Por cada uno de ustedes que sufre acá adentro, afuera sufren mínimo cuatro o cinco. Mamás, hermanas, abuelas.”³⁵

Para Orlando, joven padre, empleado particular de clases medias, el golpe representó un regreso a la calma a pesar de las restricciones: “Te soy franco, estaba tan tranquilo que no me interesaba saber nada. Nos llegó la tranquilidad. Pese a que no podíamos salir en las noches, vivíamos tranquilos.”³⁶ Carlota vivía al extremo Sur de Chile, en Coyhaique

(XI región). A pesar de las características climáticas de Coyhaique el toque de queda afectaba las formas de sociabilización:

Afectó la parte familiar, social, los cumpleaños: eran té y no comida, los domingos únicamente almuerzo. En Coyhaique, no se resintió tanto, no hubo detenidos. Citaban a declarar por radio, entonces todos se enteraban, iban a declarar al regimiento. Todo normal. Tampoco llegó gente de afuera, se nombró gente de ahí, militares y fuerza aérea en retiro. Se mantuvo la armonía.³⁷

De las experiencias de Carlota y Orlando se desprende una normalización hacia la percepción del régimen y la sobrevaloración del orden. Orlando recuerda un discurso de Pinochet que contextualiza la retórica económica del régimen destacando a la vez el antipartidismo como retórica nacional. Las décadas centrales del siglo XX, precisamente, corresponden al período de ramificación de la esfera política chilena; la formación de variados partidos de centro e izquierda contradice el argumento de permanente antipartidismo que atribuyen otros.³⁸ Este era un antipartidismo que fue aprovechado por la retórica antipolítica de Pinochet que contó con importante respaldo de la población. Esta potenciaba la presunta tranquilidad que regresó al país a partir del golpe y fomentaba el consumo material perpetuando el bienestar individual por sobre el colectivo:

“En este país de acá a diez años toda la gente tendrá su vehículo.” El asunto del vehículo era prohibido, él despertó el anhelo de tener cosas. A los seis meses empezaron a llegar los Volkswagen, los Toyotas, comenzó el ánimo del consumo. Nosotros nos compramos un Toyota nuevo el 79. Empezaron a llegar autos, televisores, aviones y cargueros llenos de TV Phillips, y se vendían. Este viejo modernizó el país. No sé si lo tomamos a bien porque estamos demasiado consumistas.³⁹

Después de un tiempo en el nuevo orden social, la sociedad en general comienza a reevaluar sus sentidos de pertenencia. Estos sentidos de pertenencia identitarios, filiaciones sociales en general y masculinas en particular, tuvieron gran preponderancia en décadas anteriores alcanzando su ápice durante la UP. La masculinidad de las clases medias se centraba en pertenencias y filiaciones sociales por elección y poseían valor agregado como cuerpos de bomberos, masonería, partidos políticos, gremios y sindicatos, cajas de empleados, clubes deportivos, colegios profesionales, centros de alumnos, federaciones estudiantiles. Pertenencias que a sus ojos daban distinción imaginaria y poseían mayor valor que autoproclamarse clases medias, valor interrumpido abruptamente con el quiebre democrático. Las diferencias de género respecto a la identidad de clase se distinguían inter-generacionalmente; algunas mujeres extraían ventajas de su identidad clasemediera porque históricamente esta identidad las igualaba con sus pares masculinos. Muchas jóvenes de clases medias hicieron gala de su carácter aguerrido, a la par de sus compañeros en partidos políticos y federaciones de estudiantes. Por lo tanto, el vínculo entre identidades interrumpidas, trauma cultural e identidad de clases es complejo, no binario, y central para el caso chileno.

Por otra parte, las clases medias surgen como identidad alternativa contundente porque resultaban un espacio simbólico de pertenencia que en su retórica aunaba costumbres y prácticas sociales previas al golpe. Esta identidad resultaba no solo no amenazante para el régimen, sino atractiva porque sintonizaba con la recuperación económica que Pinochet promovía en su gobierno, e incorporaba a aquellos gremios afines al régimen. A la vez que expone una forma de entender el por qué de la necesidad

de resignificación de la identidad de clases medias, la cual se remonta a la idea de colectivo y a la naturaleza humana de identidad, relación y pertenencia. En las izquierdas fue central, mientras que en la derecha, esa pertenencia estaría más alineada con la idea sesgada de tranquilidad, orden y recuperación por medio del consumo.

Las clases medias y sus formas de afrontar el trauma cultural

En 1974 Carlota se trasladó con su familia a vivir a Santiago; se integró como profesora en la Escuela Siria, un colegio municipal en la comuna de Ñuñoa, al Oriente de Santiago: “En los colegios comenzamos enseñándoles a los niños a saludar, la primera unidad era el saludo. Todos hasta octavo básico tenían que aprender a saludar, porque todo se había perdido. Sacaban a los alumnos afuera del colegio una cuadra saludando a las personas que pasaban.”⁴⁰

Carlota expone el quiebre cívico y manto de silencio que sucedió al golpe en Chile. Los profundos y transversales alcances del quiebre social incluyeron normas de cortesía tan elementales como saludar. La incorporación del saludo en el colegio expone cómo para la derecha afín al régimen, la UP, equivalía a un período de barbarización para el país. Los valores perdidos debían ser recuperados por el bien de los chilenos. La interpretación de Carlota contempla la “heroización acumulativa”⁴¹ que puede ser entendida a partir de la imagen positiva generalizada respecto a cómo se recuerda el episodio.

El carácter de clase deriva de Carlota y otros profesores como ejecutores de ciudadanía agencial, cuya vocación y trayectoria constatan, a la vez, la relación de la esfera civil y militar en los años del régimen, respecto a profesores afines al régimen y su trayectoria profesional. A eso se suma, la ubicación del liceo en la comuna de Ñuñoa—desde la perspectiva de territorialización de clase, Ñuñoa, resulta indiscutiblemente urbanización de clases medias. El protagonismo de la educación en Ñuñoa va de la mano con la amplia presencia de liceos primarios y secundarios; éstos en tanto cuna de clases medias, además de una facultad de la Universidad de Chile, junto con el emblemático Estadio Nacional le dan a Ñuñoa un carácter de espacio urbano integral, que si bien aún conservaba partes rurales, el Estado a través de la Corporación de la Vivienda (CORVI), Cajas de Empleados Públicos y Particulares y la Municipalidad de Ñuñoa habían desarrollado variados proyectos de vivienda en las décadas centrales del siglo XX en la comuna. Destaca la Villa Olímpica, primera población elegante para clases medias. Rupturista para la época, ícono urbano, tenía la torre habitacional más alta de Santiago entonces. Entre los habitantes de la torre habían miembros de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas; miembros de la Contraloría General de la República; oficiales de alta graduación de las fuerzas del orden; militares, aviación y carabineros.⁴² Mientras que el resto de los habitantes eran empleados estatales de menor rango y de distintas entidades como correos, choferes de locomoción colectiva, entre otros.⁴³ Ñuñoa tenía entre su población a las más variadas versiones de clases medias entre las que convergían y se complementaban expresiones de capital cultural y capital económico.

Las intervenciones con Pinochet inicialmente incluyeron detenciones y desapariciones de algunos integrantes de planteles educativos, posteriormente continuaron por medio de despidos, marginaciones de cargos directivos y sumarios. Carlota expuso que en su colegio la mayoría de los profesores entonces eran de tendencia de izquierda pero había gran respeto. Ella, como se distingue a partir del uso del lenguaje en su testimonio, era

y sigue siendo de derecha. El manto de silencio entre profesores incluía no hablar de política: “En la Escuela Siria sacaron a la directora el 20 de septiembre del 73 y nombraron a la hermana de un militar. Cuando yo llegué en el 74 todavía existía resentimiento porque habían sacado a su directora, se fue disipando con el tiempo.”⁴⁴ La disipación, constituye un paralelismo con el carácter inestable del trauma, su dinamismo y proceso de evolución.⁴⁵

Estas prácticas siguieron ocurriendo en dictadura. El régimen dictatorial de Pinochet acentuaba que su intervención salvaba al país de la ruina de la clase política que durante el transcurso del siglo XX sirvió intereses propios de cada partido y clases sociales.⁴⁶ Años después, Carlota quien llegó a ocupar el cargo de directora de la Escuela Siria, relata:

A fin de año mandan un oficio que termina el contrato de tres profesoras de izquierda. Era gente emblemática del colegio, cuántas familias completas pasaron por sus manos. Yo fui a hablar con el Alcalde: “Alcalde vengo en forma muy leal: creo que Ud. gana más dejando a esta gente que echándola, son buenas profesoras, todas esas familias se van a resentir,” “Le voy a hacer caso,” dijo el Alcalde. Pero de repente pasaba así, echaban a gente.⁴⁷

El evento traumático entonces es una construcción cultural interpretada por unos como traumática o no traumática.⁴⁸ La división aunque cordial, igualmente, simbolizaba expresión de trauma desde una construcción cultural en directa relación con los acontecimientos, como la experiencia de Carlota y los despidos injustificados. Con eso igual generaban vínculos entre compañeros de trabajo. Carlota fue directamente a hablar con el Alcalde para revertir la situación de despido. Estas dinámicas corresponden a características comunes de traumas culturales que requieren re-aprender y re-socializar⁴⁹ de acuerdo a las nuevas condiciones del momento. En el testimonio estas son reproducidas como un buen episodio,⁵⁰ un armónico recuerdo de un período que no se caracterizó por ser precisamente el más armónico. Hubo formas de afrontar el trauma cultural analizadas a continuación que pueden ser vistas como la doble capacidad del trauma, su efecto para afrontarlo y contrarrestarlo.

El quiebre del civismo y su impacto en la vida cotidiana

La experiencia de Agustín en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, en huelga al momento del golpe, expone la división social desde otra expresión de trauma en tanto construcción cultural:

Se dividió la Universidad de Chile en Norte y Occidente, Norte eran de izquierda, la UP y Occidente de derecha que abarcaba también la DC. Se dividieron edificios, escuelas, la escuela de medicina era área Norte estudiaban todos los de izquierda. Estábamos divididos, muchos compañeros míos se fueron al área Norte. Con el golpe a toda esa gente la tomaron. Hubo varios compañeros míos que desaparecieron, no supimos de ellos ni los vimos nunca más.

A una semana del golpe, Agustín volvió a trabajar. La división previa adquirió tonos dramáticos:

Empezamos a reunirnos en la facultad, a ver quienes estaban, quienes faltaban, preguntabas por la gente: “este no apareció, este no está, este desapareció, este se lo llevaron preso.” A una secretaria del decano la tuvieron presa, fue horrible, sufrió hartó. Después volvió a trabajar,

pero traumada. A pesar de que estábamos divididos igual éramos compañeros, no había rivalidad entre nosotros. Antes del golpe nos llevábamos súper bien.⁵¹

La experiencia de Agustín representa un microcosmos de lo extremo de la situación social con Allende, lo extremo del golpe y la represión dictatorial. Posterior al golpe, la situación en la Universidad de Chile constituye una experiencia de cambio social traumatogénico que: “toca los aspectos centrales de la vida social, afecta experiencias universales públicas o privadas.”⁵² Desde la experiencia de clase, la Universidad de Chile era por entonces la continuación de la cuna clasemediera iniciada en liceos y educación secundaria humanista en general. El valor del ejercicio democrático, el respeto por un bando y otro conllevaron expresiones de fraternidad posteriores al quiebre. Si bien Agustín trabajaba en el área Occidente y apoyó el golpe, sentía genuina preocupación por sus compañeros.

El manto de silencio puede ser visto como forma de resociabilizar bajo trauma. Tanto Carlota como Agustín identifican el período como de gran dolor, sufrimiento y miedo. Los cambios en las esferas pública y social eran innegables, “la tensión aparecía entre antiguos preceptos culturales y emergentes valores culturales para las nuevas condiciones sociales.”⁵³ Posterior al período de álgida represión que siguió al golpe,⁵⁴ en 1976, comenzó la rearticulación cultural como forma de desestabilizar al régimen. Por sobre un elemento disruptivo, esto expone una convergencia entre antiguos y emergentes valores culturales bajo la tensión intrínseca del momento.

El nuevo orden contenía la misma división social anterior; continuaba esa gran masa que quería tranquilidad, carne y trabajo. A consecuencia del quiebre, algunos síntomas de trauma que afloraban eran la sensación de apatía, pesimismo hacia el futuro y nostalgia hacia el pasado. Para otros era todo lo contrario: optimismo, salvación y amparo.⁵⁵ Lo que compartían ambos bandos, allende la división, era la desorientación respecto a la identidad colectiva.

Transformaciones en las formas de sociabilizar

En 1967 Raúl entró a estudiar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, por entonces epicentro de los grandes debates sociales del país. La militancia de Raúl era representativa de sectores católicos más progresistas de clases medias. Esta encuadraba la sensibilidad social, sello de grupos de centro e izquierda alineados con los cambios del Concilio Vaticano II de 1965.⁵⁶ Raúl militó en la DC hasta que comienza a izquierdizarse, pasa al Movimiento de Iglesia Joven más radical, de corta duración y, posteriormente, Raúl entra al MAPU que contenía a los sectores más radicales de la DC. La efervescencia política de la época se manifestaba en la aparición de nuevos partidos políticos y la militancia desde un partido a otro.

En 1970 cuando el gobierno de la UP estaba más consolidado, Raúl señala: “me obrericé,” y expone con claridad que su experiencia se circunscribía más a un marco que fortalecía su perfil de “pequeño burgués revolucionario.” El desclasamiento destaca por sobre la obrerización propiamente tal, Raúl lo explica desde su posición de clase:

Era tan distinta la realidad de ese minuto, yo no llegaba desde mi posición de clase media profesional, yo era uno más, me vestía con el blue jean, chascón, nunca marqué diferencia, al contrario, me acoplé muy bien con ellos. Yo no pertenecía realmente a los trabajadores que

vivían en las poblaciones, yo después me venía para el barrio alto, era una realidad. No vivía con los obreros, pero compartía todo mi tiempo con ellos.⁵⁷

Desde la perspectiva ideológica, la obrerización se transformó en el perfil aspiracional de algunos jóvenes de izquierda radicalizados. Los alcances del desclasamiento de Raúl se alineaban a valores sociales de clases medias. El rompimiento de la distancia pequeño burguesa sobre la percepción de la experiencia de la obrerización respondía al marco de formación educacional de ethos clasemediero.

Raúl recuerda con entusiasmo lo que diferenciaba el proyecto: “En vez de que el trabajador se desplazara, se creaban al interior de empresas, de espacios de trabajo, estas escolitas. Me llaman, me meto de lleno a esa realidad.”⁵⁸ En el contexto de empresas intervenidas por el Estado durante la UP, este proyecto del Ministerio de Educación fue ampliándose. Raúl llegó a la fábrica de poliéster de Sumar con dos compañeros para formar la escuela. Alcanzaron a tener una generación de egresados de la escuela en la fábrica Sumar Poliéster. El 11 de septiembre de 1973 la “obrerización” de Raúl llegaría a su obligado fin.

Después del golpe, Raúl regresó a la fábrica; estaba presente cuando llegaron los militares a allanarla: “Llegaron los militares con el listado, nos piden llamar a la gente, salen algunos, otros se quedaron, otros se los llevaron en camiones. En general, los más involucrados en los temas no estaban ahí. Tuvieron que desaparecer.” Después del allanamiento, Raúl, contratado por el Ministerio de Educación, continuó yendo a la fábrica: “Después de tres semanas yendo a la fábrica, estaba contratado, un militar me llamó, bien humano, me dijo: ‘Ud. entenderá que esto hoy no funciona, desde mañana no aparezca.’ Años después me encontré con un trabajador, ‘¿estás vivo?’ me decía, ‘nos contaban los compañeros que preguntaban por los profesores guerrilleros que enseñaban a ocupar armas.’ Fue un buen momento haberse salido a tiempo.”⁵⁹ El relato expone mitos como la ramificación de la lucha armada que empañan el valor que tuvieron iniciativas sociales como estas en la UP.

El gobierno de Allende, a pesar del desorden—para algunos percibido como anarquía—fue un período de cambio social cuyas implicancias harían diferencia en el largo plazo. De esa forma, era una adaptación constructiva. La escuela en la fábrica Sumar Poliéster expone la raigambre clasemediera de jóvenes revolucionarios chilenos de nueva izquierda. Ellos se desclasaban, llevaban el conocimiento a fábricas y desde su carácter asistencialista educaban a obreros, mientras aspiraban a ser tratados como iguales por ellos. Iniciativas de prolongación efímera—la escuela con una generación de egresados—son de tremendo valor respecto a su carácter de clase como expresión radicalizada de ciudadanía agencial, una vez que los patios de la universidad resultaron insuficientes para responder a la velocidad de cambio que llevaba el país.

Trauma cultural como potencial fuerza positiva

En 1976 a Raúl lo fueron a buscar a su casa para rearmar el MAPU: “Empezamos todo de nuevo, se formó un frente de masas, nosotros en la cosa cultural. Habían varias expresiones en otras zonas siempre ligado a las vicarias, las parroquias, no había otra. Cada uno le sacaba partido. Nosotros a través de la Agrupación Cultural aprovechábamos el techo que nos daba la iglesia para darnos cierta seguridad.”⁶⁰ Resultó sorprendente para el Régimen Militar no contar con el respaldo de la Iglesia Católica. La Iglesia y el Arzobispado de Santiago desplegaron una defensa comprometida por los derechos

humanos. Posterior al golpe, las misas fueron espacios de sociabilización y colectividad, y subsiguientemente también de resistencia cultural.⁶¹

La rearticulación de espacios de sociabilidad tuvo lugar recién hacia fines del 76 de lo que se deduce otra magnitud del quiebre social en Chile. Raúl creó la Agrupación Cultural Santa Marta que tenía como fin: “Poner el servicio de esta causa a través de la actividad cultural y provocar la desestabilización de la dictadura de Pinochet. Recoger todo lo que se había cortado el 11 de septiembre los valores, símbolos, música, retomar la historia truncada.” Los valores, símbolos y música constituían formas de consumo cultural de clases medias, relevantes respecto a expresiones de identidad social: el resurgimiento tuvo un fuerte carácter de clase. Esto puede originarse a partir de la mayor sensibilidad de enfrentar el trauma cultural que aumenta según nivel de educación.⁶² Militantes MAPU y artistas eran clases medias, además de su compromiso político, la chilenidad representaba un eje central en estos perfiles sociales que databa oficialmente desde programas de educación del gobierno de Pedro Aguirre Cerda en 1938. En los años 70, las nociones de lo chileno reflejaban y contribuían a la polarización política de la sociedad.⁶³

La agrupación creada por Raúl pertenecía a la Iglesia Santa Marta ubicada en Ñuñoa, liderada por progresistas curas de origen holandés que contaban con el apoyo del Cardenal Silva Enríquez. El progresismo de la Iglesia Santa Marta tangible desde 1965, con la irrupción de la *Misa a la chilena* de Vicente Bianchi simbolizó la incorporación del folklore al mundo litúrgico en Chile. En la Iglesia Santa Marta se cantaba la *Misa a la chilena* en misa de doce los domingos.⁶⁴ Raúl contextualiza: “En términos de iglesia era súper progresista. Allí fue la primera misa chilena. El cura se ponía poncho para officiar la misa. Apedrearon la iglesia cuando se supo lo de la misa chilena, para los conservadores era sacrilegio. Después la misa chilena se oficializó. En todo Santa Marta era muy progresista.”⁶⁵ La chilenidad en la iglesia progresista representa otra expresión de clase, además de un elemento en común con las clases colindantes y una renovación desde la perspectiva valórica. No resulta casual que la misa se oficialice en Santa Marta ubicada en Ñuñoa, comuna de clases medias.

El progresismo de Santa Marta propició la creación de la Agrupación Cultural que contó con financiamiento internacional—holandés—esto permitió llevar a cabo el proyecto cultural, solventar arriendos de teatros, instrumentos musicales, trajes. Las innovadoras estrategias de acción para hacer frente al trauma combinaban todos los recursos humanos y económicos disponibles.⁶⁶ La inversión económica y profesionalización de actividades culturales responde al carácter tecnocrático de sus gestores y puede ser visto como expresión de clase; existía una clara diferenciación respecto a formas de ejecución de clases populares.

La causa respondía a la ideología y visión de futuro de jóvenes de clases medias de izquierda, como Raúl, quién apuntaba a reconstruir valores interrumpidos a partir del golpe. El trauma resulta: “un estímulo y factor de movilización para agencia humana,”⁶⁷ así lo rememora Raúl: “Los actos tenían que ver con levantar la moral a la gente, los 200 jóvenes que iban a Santa Marta salían flotando: canciones puntudas, teatro, poesía. Ese fue uno de los mayores roles de esa época. Eso no se ha valorado.”

La forma de afrontar el quiebre social representa el carácter positivo del trauma. No resulta extraño que jóvenes como Raúl lideraran agrupaciones como Santa Marta si se considera que los principales productores y cantautores de la nueva canción así como

de música típica y neofolklore, a su vez, eran músicos educados y urbanos de clases medias.⁶⁸ Con la perspectiva del tiempo, Raúl reconoce los riesgos que implicaba su causa: “Yo ahí hacía como doble vida, en el colegio de profesor, actividades propias de mis labores de profesor. Hacíamos actividades naturales, tú sabías que había una intencionalidad, cuál era el aporte político que estabas haciendo en ese minuto. Habían otros códigos. Se fomentaba que fueran espacios de encuentro para esa gente.”⁶⁹

El alcance de Agrupaciones como Santa Marta y sus actividades puede ser visto desde la concepción de movimientos sociales como momentos centrales en la reconstitución de la cultura. Allí los modos de acción cultural son redefinidos, se renuevan sus fuentes de identidad colectiva y se reconstituye la combinación de cultura y política.⁷⁰ Esto lleva a una reconstrucción de procesos de interacción social y formación de identidad colectiva. De esa forma, estas agrupaciones eran comunes y representaron espacios lícitos de sociabilización y reunión cultural allende la intencionalidad política. El surgimiento de estos espacios respondía a la necesidad genuina de sociabilizar, espacios de impronta clasemediera indiscutible respecto a formas y carácter de las actividades. Entrados los años posteriores al golpe del 73, a la luz de los hechos, la nueva realidad social estaba instalada, parecía de largo aliento; entonces era necesario reorganizarse, aspecto que puede ser analizado desde la idea de movimiento social.

Los festivales y actos en tanto experiencia colectiva del marco de rearticulación cultural en dictadura interpelaban formas de sociabilizar vigentes hasta el quiebre de la democracia para menguar la tensión y enviar un mensaje de esperanza colectivo. El interpelar por medio de música, teatro, poesía e intervenciones artísticas se transformó en un relevante motor de protesta para las izquierdas en dictadura.

La atmósfera de temor hacía que los espacios de expresión fueran reducidos. Mas el canto surgía de forma natural, Raúl agregó nostálgico: “[...] nos conformábamos con poco en esa época,” y añadió que en los actos culturales el solo nombrar a Violeta Parra, “el teatro se venía abajo [...]” Canciones con otros contextos con alguna frase que interpelara a la dictadura tenían el mismo efecto: todos en el teatro se paraban a aplaudir.⁷¹ La nueva canción, género de amplio protagonismo durante la UP por la centralidad de la identidad pan-latinoamericana y su mensaje de progresismo social⁷² rescataba lo popular de regiones de Chile y conectaba con justicia social y movimientos políticos de izquierda.

El público fiel a su estilo honraba a sus representantes al corear canciones y aplaudir fervientemente al cantar temas de la nueva canción en dictadura, como recordó Raúl. En aquel escenario, la nueva canción chilena fue protagónica en el exilio. En Chile los festivales de los más variados tipos, profesionales, culturales o políticos, han sido considerados como una forma ordenada de vivir el espacio seguro de diversión masiva.⁷³ Los festivales se alineaban directamente con la idiosincrasia nacional y el protagonismo de sus asistentes como espectadores normativos. En dictadura los festivales, encuentros y peñas, debían ser autorizados; se enviaba un programa del mismo que debían aprobar las fuerzas del orden. El festival o la actividad podrían ser suspendidos en cualquier momento. De ahí que el ocio pautado clasemediero a través de festivales de la canción perpetuara la normatividad a la vez que potenciara el espacio colectivo de encuentro. En la rearticulación cultural en dictadura los encuentros musicales se consolidaron mal que bien como espacios autorizados de sociabilidad.

Cabe agregar que los integrantes de la nueva canción chilena fueron el tercer objetivo de persecución durante la dictadura.⁷⁴

Las iniciativas artísticas de la Agrupación Cultural Santa Marta, en conjunto con agrupaciones surgidas en la rearticulación cultural, pueden ser vistas como modalidades de respuesta al trauma.⁷⁵ Las actividades respondían al compromiso respecto a la realidad social desde una provocación al régimen que cuestionaba nuevas normas y convenciones, a la vez que estas eran evaluadas por las mismas. Esto podría ser visto como “emergencia del realismo traumático” que apunta a responder a la desorientación colectiva del período.⁷⁶

El renacimiento de lo popular, el movimiento nacionalista, de raíces y conexiones culturales globales como la red de restauración de lo popular, fue desarrollado y expandido durante el siglo XX⁷⁷. La nueva canción latinoamericana estuvo en constante intercambio. En dictadura aquellos artistas que podían entrar a Chile simbolizaban esperanza. El recuerdo de Ramón de la visita a Chile de Joan Báez, cantautora y activista política estadounidense, en 1981 expone la centralidad de la expresión artística y el poder reparador del cantar nuevamente en un escenario geográfico de clases medias como la Iglesia Santa Gemita en Ñuñoa:

En la Parroquia Santa Gemita iba a cantar Joan Báez, estaba prohibido, se llenó por el boca a boca. Llegaron carabineros, cierran, dejan a la gente afuera, Joan Báez queda adentro con Yentzen. Bajan, hay un baño, la ventana del baño daba a la calle la abren y canta desde ahí, a capela. Los carabineros desesperados, no podían hacer nada porque ella estaba dentro de la parroquia, no podían meterse. Canta como tres canciones, e l saludo y Gracias a la vida, de ahí se la llevaron.⁷⁸

Las restricciones de la época quedan al descubierto, así como también la capacidad de adaptación e improvisación de Joan Báez y sus anfitriones. El concierto gratuito fue suspendido por fuerzas del orden, eso no impidió que Báez enviara un sentido mensaje de esperanza, a capela, desde una ventana de la Iglesia. Esto expone la magnitud del rol de la Iglesia como techo para jóvenes como Raúl o Ramón que buscaban formas de rescatar aquel nosotros.

La transnacionalidad de la escena cultural entonces, muestra la convergencia de lo local y lo regional, la centralidad de Chile como productor de la nueva canción, y contextualiza un matiz local de Guerra Fría. La rearticulación cultural fue central para recuperar la sociabilidad interrumpida. Esta forma de “realismo traumático” entrados los 1980, derivaría en manifestaciones masivas contra la dictadura de Pinochet que definitivamente desestabilizarían el régimen, como era el objetivo original de causas emprendidas en 1976. Con eso, el valor que tuvieron estas iniciativas, si bien inherentemente político, lo trasciende y destaca el mérito de la reinención en formas de hacer de las clases medias de izquierda durante dictadura, la recuperación de un colectivo en una versión de Chile más parecida al infierno que al paraíso o Edén.

Comentarios finales: Clases medias entre fragmentaciones y reinversiones sociales

A partir de las expresiones de trauma cultural analizadas, en este artículo se destaca su afrontamiento desde su potencial positivo. Las formas de afrontar el trauma comparten la impronta clasemediera de sus protagonistas. En las readaptaciones sociales analizadas sobresale el sentido del deber ser de sus protagonistas, su compromiso social, allende

colores políticos. Entre factores que incidieron fue la sólida preparación educacional que tenían.

Respecto al protagonismo de jóvenes de izquierda, el alcance transversal de expresiones de producción de conocimiento, con gestores musicales, agentes de cambio, tipos de “chileno integral,” o jóvenes militantes como Raúl otro tipo de “chileno integral,” representaban perfiles aspiracionales de clases medias. La evolución de las experiencias de ciudadanía agencial, durante el siglo XX derivó, en algunos casos, en politización. Las formas de agencia humana de izquierda son resultado de la práctica valórica y democrática que nace en el liceo y continúa en la Universidad, en contraste a las formas de interpretar y afrontar el trauma desde las posiciones de derecha política afines al régimen. En ambos casos, el capital cultural y social de estos jóvenes fue clave en las formas de afrontar el trauma.

El trauma resulta elemental para comprender resignificaciones sociales en la identidad de clases medias. Mas esta resignificación fue inicialmente insípida y responde al quiebre abrupto de identidades sociales interrumpidas con el Golpe de Estado. La necesidad intrínseca de pertenencia social del ser humano se resquebrajó. En el período inicial de resignificación y rearticulación social posterior al golpe, las expresiones de trauma cultural potenciaron aquella reinención de identidades colectivas de izquierda. En las clases medias de izquierdas, la recuperación del “nosotros” sería de largo aliento, comienza a ser tangible a partir de 1976, al retomar por medio de la cultura formas anteriores de fraternidad, idealismo y consumo cultural clasemediero interrumpidas a partir del quiebre democrático.

Esto generaría que, con los años, surgiera la legitimación social desde otro lugar, no amenazante, con otra retórica. De ahí que el florecimiento de identidad de clases medias no tenga la centralidad que se intentó atribuir desde las políticas de dictadura, como baluarte de recuperación económica del país, y, de aquel mitificado referente neoliberal en el cual se transformó Chile.

Las identidades de clases medias florecieron por la noción del sentido de pertenencia que eso implicaba; el discurso hegemónico apuntaba a esa pertenencia desde lo individual ajeno de agenda política y acentuaba la parte de aquella gran masa que quería tranquilidad y trabajo como señalaron Carlota y Orlando. El protagonismo que adquiere la identidad de clases medias entonces descansaba en aquella necesidad de reidentificarse como individuos, como ciudadanos inofensivos, incluso como antipartidistas en un espacio gris, aparentemente neutro donde la otrora identidad valórica y lucha política se expresaban encubiertas y donde la neutralidad era en sí misma una posición política. En ese espacio seguían convergiendo, aunque con una exacerbación en sus perfiles sociales, los apegados al capital cultural y los apegados al capital económico. Con el quiebre como telón de fondo, la identidad de clase, ya más explícita, contendría las fricciones inherentes a su formación a partir de los traumas de la sociedad, sugiriendo de esa forma abrir nuevas perspectivas para los estudios de memoria cuando Chile dejó de ser una “copia feliz del Edén.”

Notas

1. Entrevista con Carlota, testimonio personal, Santiago de Chile (15 de mayo, 2017).

2. Piotr Sztompka, "Cultural Trauma: The Other Face of Social Change," *European Journal of Social Theory* 3, no. 4 (2000): 449–66; Dominique LaCapra, *Writing History, Writing Trauma* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001); Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*. Traducción de Inés Sancho-Arroyo (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004); Steve J. Stern, *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013).
3. LaCapra, *Writing History*, 41.
4. Sztompka, "Cultural Trauma," 458.
5. Simon Gunn, *Historia y teoría cultural* (España: PUV, Universitat de València, 2011), 168–9.
6. Antonio Niño, "Presentación. La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría," *Ayer Revista de Historia Contemporánea* 75, no. 3 (2009): 13–23, 13.
7. Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press, 2011), 1.
8. *Ibid.*, 2.
9. *Ibid.*, 14.
10. Mónica Bartolucci, *La juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política, 1958–1972* (Argentina: EDUNTREF, 2018), 24.
11. LaCapra, *Writing History*, 186.
12. Daniel James, *Doña María's Story: Life History, Memory and Political Identity* (Durham and London: Duke University Press, 2000), 124.
13. LaCapra, *Writing History*, 41.
14. Claudio Rolle, "La 'no historia' de un año crucial," en *La vida cotidiana de un año crucial*, ed. César Alborno y Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 9–30, 19.
15. Peter Winn, *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism* (New York: Oxford University Press, 1986), 227.
16. Rolle, "La 'no historia'," 20.
17. Cristián Gazmuri, et al., *100 años de cultura chilena 1905–2005* (Santiago: Zig-Zag, 2006), 42.
18. Eduardo Yentzen, *La voz de los setenta. Un testimonio sobre la resistencia cultural a la dictadura 1975–1982* (Santiago de Chile: Utopía Diseñadores, 2014), 12.
19. Entrevista con Cristián, testimonio personal, Santiago de Chile (04 de mayo, 2017).
20. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).
21. Patricio Bernedo, "La prensa escrita durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático," en *La vida cotidiana de un año crucial*, ed. César Alborno y Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 59–96, 73.
22. Sofía Correa Sutil, et al., *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2001), 135.
23. Bernedo, "La prensa escrita," 73.
24. Entrevista con Cecilia, testimonio personal, Santiago de Chile (09 de mayo, 2017).
25. Bernedo, "La prensa escrita," 75.
26. Entrevista con Ramón, testimonio personal, Santiago de Chile (11 de mayo, 2017).
27. Bernedo, "La prensa escrita," 84.
28. *Ibid.*, 86.
29. Entrevista con Agustín, testimonio personal, Santiago de Chile (12 de abril, 2017).
30. Olaya Sanfuentes, "Tiempos de traje, aires de moda. Una forma de comunicación no verbal en la década de los setenta," en *La vida cotidiana de un año crucial*, ed. César Alborno y Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 197–223, 220.
31. Aldo Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta," *E.I.A.L.* 17, no. 1 (2006): 135–59, 148.
32. Bartolucci, *La juventud maravillosa*, 180.
33. Elizabeth Jelin, *State Repression and the Labors of Memory* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003), 81.
34. Jelin, *State Repression*, 56.
35. Estadio Nacional, documental, dirigido por Carmen Luz Parot (Santiago de Chile, 2002).

36. Entrevista con Orlando, testimonio personal, Santiago de Chile (05 de mayo, 2017).
37. Entrevista con Carlota, testimonio personal, Santiago de Chile (15 de mayo, 2017).
38. Patricio Silva, *En el nombre de la razón. Tecnócratas y política en Chile* (Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010), 19.
39. Entrevista con Orlando, testimonio personal, Santiago de Chile (05 de mayo, 2017).
40. Entrevista con Carlota, testimonio personal, Santiago de Chile (15 de mayo, 2017).
41. Harald Welzer, "Grandpa Wasn't a Nazi: The Holocaust in German Family Remembrance," *International Perspectives* 54 (2005): 1–33, 9.
42. Soledad Martínez y Marcela Moreno, Informe Villa Olímpica. Proyecto FONDECYT: "Comunidad e identidad urbana. Historias de barrios del Gran Santiago: 1950–2000," (Santiago de Chile, 2005), 83.
43. *Ibid.*, 14.
44. Entrevista con Carlota, testimonio personal, Santiago de Chile (15 de mayo, 2017).
45. Sztompka, "Cultural Trauma," 452.
46. Steve J. Stern, *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013), 114.
47. Entrevista con Carlota, testimonio personal, Santiago de Chile (15 de mayo, 2017).
48. Sztompka, "Cultural Trauma," 457.
49. *Ibid.*, 459.
50. Harald Welzer, Moller Sabine y Tschuggnall Karoline, *Mi abuelo no era nazi. El nacional socialismo y el Holocausto en la memoria familiar* (Buenos Aires: Eduntref, Prometeo Libros, 2012), 37.
51. Entrevista con Agustín, testimonio personal, Santiago de Chile (12 de abril, 2017).
52. Sztompka, "The Ambivalence," 9.
53. Sztompka, "Cultural Trauma," 463.
54. Stern, *Luchando por mentes*, 138.
55. Sztompka, "The Ambivalence," 15.
56. Juan Pablo González, Oscar Ohlsen y Claudio Rolle, *Historia social de la música popular en Chile, 1950–1970* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2009), 297.
57. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).
58. *Ibid.*
59. *Ibid.*
60. *Ibid.*
61. Yentzen, *La voz de los setenta*, 26–27.
62. Piotr Sztompka, "The Ambivalence of Social Change. Triumph or Trauma?" *WZB Discussion Paper* (2000), 5–48, 16.
63. Jedrek Mularski, *Music, Politics, and Nationalism in Latin America: Chile During the Cold War Era* (New York: Cambria Press, 2014), ix–x.
64. González, Ohlsen y Rolle, *Historia social de la música*, 295–6.
65. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).
66. Sztompka, "The Ambivalence," 34.
67. *Ibid.*, 42.
68. Mularski, *Music, Politics*, xiii.
69. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).
70. Ron Eyerman and Jamison Andrew, *Music and Social Movements: Mobilizing Traditions in the Twentieth Century* (New York: Cambridge University Press, 1998), 7.
71. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).
72. Mularski, *Music, Politics*, xiv–xvi.
73. González, Ohlsen y Rolle, *Historia social de la música*, 267.
74. Mularski, *Music, Politics*, ix.
75. LaCapra, *Writing History*, 185.
76. *Ibid.*, 186.
77. Mularski, *Music, Politics*, xiii.
78. Entrevista con Raúl, testimonio personal, Santiago de Chile (03 de mayo, 2017).

Disclosure statement

No potential conflict of interest was reported by the author.

Funding

Este proyecto fue realizado con fondos de la Fundación Minerva durante mi estancia postdoctoral en Freie Universität Berlin.

ORCID

Claudia Stern  <http://orcid.org/0000-0003-1381-7119>